

Bowling Alone

Robert D. Putnam. *Bowling Alone. Collapse and revival of American community*. Nueva York: Simon & Schuster, 2000, 541 pp.

Catalina Romero

El tema dominante es simple: durante los dos primeros tercios del siglo la sociedad americana tuvo una marea poderosa que la llevó a un compromiso cada vez más profundo con la vida de sus comunidades, pero hace algunas décadas, silenciosamente y sin aviso, esa marea se revirtió y fue reemplazada por una corriente traicionera. Sin haberlo notado, en el último tercio del siglo hemos sido separados unos de otros y de nuestras comunidades. (p. 27)

En los últimos informes sobre el Desarrollo Humano del PNUD en Chile, Norbert Lechner viene analizando el desencanto que se ha apoderado de la sociedad chilena como una consecuencia del nuevo modelo económico, el cual, por otro lado, ha tenido el éxito esperado en términos de crecimiento económico y de inserción en el mercado global. Sin embargo, los niveles de confianza interpersonal, el sentimiento de satisfacción con la propia vida, con la vida familiar y con los logros alcanzados son menores que en años anteriores, y los informes nos describen una población abatida por la presión de la competencia, la inseguridad en el empleo, la precariedad en la atención de la salud, etc.

Sin los logros económicos del vecino país, en el Perú y en otros países de América Latina, las consecuencias que ha tenido el modelo neoliberal implementado en las dos últimas décadas se ven en el aumento de la pobreza y en la mayor desigualdad en la distribución del ingreso, acompañado de un gran descontento en el público peruano. El nivel de desconfianza en el Perú, pese de haber pasado de 5% en 1996 a 11 % en el 2001, sigue siendo uno de los más bajos de América Latina, junto con el de Brasil (3% en 1996). Y lo mismo ocurre con los índices que miden el bienestar subjetivo, que incluyen indicadores de felicidad, estado de salud, y expectativas de calidad de vida en el futuro (Estudio Mundial de Valores y Latinobarómetro).

Pero si los resultados de nuevas investigaciones nos confirman esta percepción cotidiana de la situación social en América Latina y no nos llama la atención que así sea, no ocurre lo mismo cuando Robert D. Putnam nos presenta el mismo argumento refiriéndose a la sociedad norteamericana. En el año 2000 cuando se publica el libro *Bowling Alone* (Jugando a los Bolos Solo), Estados Unidos pasaba por uno de los momentos más favorables de su economía e incluso de su prestigio internacional, después de la caída del muro de Berlín. Sin grandes potencias enemigas en el mundo, con tasas mínimas de desempleo y una economía en crecimiento, se mantenía en alto como modelo de sociedad a la que muchos querían emular, o a donde querían emigrar. El tema de Putnam es que detrás de esa apariencia exitosa la sociedad americana estaba cambiando bajo presiones de distinto tipo. Como con-

secuencia de los cambios tecnológicos, que nos afectan a todos en el mundo, la sociedad norteamericana está perdiendo una de las principales riquezas que puede tener una sociedad: las relaciones humanas y sociales construidas a lo largo de décadas en instituciones como la familia con una organización tradicional, en la participación frecuente en actividades comunitarias, en el interés y la participación en las organizaciones religiosas y en las políticas; y lo mismo sucede con actitudes producidas por estos encuentros que dan vida a las comunidades y a la sociedad: el altruismo, el voluntariado, la filantropía, la reciprocidad, la honestidad y la confianza.

Estas instituciones y virtudes cívicas parecen estar en riesgo ante la disminución de espacios de encuentro e interacción, que los fomenten y materialicen. Este es el tema del libro que comentamos: las tendencias a la disminución de lo que Putnam, como otros autores, llama *capital social*; un bienpreciado y considerado hasta ahora inagotable en toda sociedad y que, en la actualidad y como resultado de la expansión de las relaciones de mercado a todos los ámbitos de las relaciones sociales, está en peligro de extinción como lo están la naturaleza y otros bienes tocados por el capital para convertirlos en mercancía.

Un tema central de las ciencias sociales norteamericanas es la capacidad de solidaridad y compromiso social de su gente, lo cual ha sido un rasgo propio de las comunidades rurales americanas, y que prevalece aun en el ambiente de las grandes ciudades como una tradición que da lugar a lo que algunos autores llaman la cultura cívica. Autores como Alexis de Tocqueville ya habían destacado este espíritu norteamericano, que junto al individualismo emprendedor del pionero ha dado lugar a prácticas de participación y voluntariado social, contribuyendo a la formación de un carácter libre, pero solidario. Otros autores, como Robert Bellah con su conocido libro *Los Hábitos del Corazón* continúan con esta tradición. En él da cuenta de la importancia del trabajo comunitario voluntario, el compromiso con las tareas de la comunidad, la participación en eventos y festividades locales, etc., que entran en tensión con la fuerte demanda de los centros laborales cada vez más competitivos que fomentan el creciente individualismo en la sociedad norteamericana, ya que debe encontrar un equilibrio para no perder su identidad.

Putnam se preocupa por el desequilibrio que se está produciendo silenciosamente en la sociedad norteamericana. Detrás de algunos datos que dan la impresión contraria, hay otros que demuestran la caída del compromiso cívico. Por ejemplo, los datos hablan del crecimiento de organizaciones sociales, del aumento de la afiliación a asociaciones gremiales, etc. Pero el autor nos advierte que estos datos no deben confundirse con los encuentros cara a cara, la interacción frecuente, y los lazos personales que se tejen en los intercambios recíprocos que son los que constituyen el *capital social*. A partir de un cuidadoso análisis de estos hechos, y de las causas de la disociación que se está produciendo en la sociedad norteamericana a fines del siglo XX hace un llamado de atención que alerte sobre el problema y contra restar la tendencia en curso. La última parte del libro llamada *¿Qué hacer?* Da lugar a un llamado a los «capitalistas sociales» para construir una agenda en todos los frentes que permita reconstruir los lazos comunitarios en la sociedad americana para el año 2010. Se trata de un análisis comprometido con una identidad norteamericana poco conocida que invita a la acción bajo una consigna: «capitalistas sociales del mundo, uníos».

Putnam señala que entre los norteamericanos disminuye consistentemente la participación en organizaciones voluntarias, aun cuando crece el número de estas. La asociación se vuelve burocrática, las organizaciones trabajan con funcionarios pagados, el voluntariado disminuye, las reuniones también; la gente paga cuotas y recibe correspondencia informativa, pero ya no son más espacios de conversación, encuentro, intercambio de opiniones, ni estímulo a la participación y al compromiso social y político.

Este cambio afecta por igual a hombres y mujeres, adultos y jóvenes, grupos étnicos, etc. Pero ¿qué es lo que se está perdiendo? El capital social que es definido por Putnam de la siguiente manera: «La idea central de capital social es que las redes sociales tienen valor. Así como un destornillador (capital físico) o una educación universitaria (capital humano) pueden aumentar la productividad (tanto individual como colectiva) así también los contactos sociales afectan la productividad de individuos y grupos» (p. 19).

El capital social se refiere a las conexiones entre individuos, redes sociales y normas de reciprocidad y confianza que nacen de ellas. Está relacionado a la *virtud cívica*. La diferencia es que la virtud cívica es más poderosa cuando está enraizada en una densa red de relaciones sociales recíprocas. Una sociedad con muchos individuos virtuosos, pero aislados no sería rica en capital social.

Putnam hace un recorrido histórico del uso de la noción de capital social durante el siglo. El primero que lo usó en 1916 fue L. J. Hanifan, supervisor de escuelas rurales en West, Virginia, quien llamó a comprometerse con la comunidad para tener escuelas exitosas. Anticipando casi todos los elementos que se tomarían en cuenta en definiciones futuras, Hanifan lo definió como:

Aquellas sustancias tangibles que dan cuenta de la mayor parte de la vida de la gente. Por ejemplo: buena voluntad, compañerismo, simpatía e interacciones sociales entre individuos y familias que forman una unidad social. [...] El individuo está indefenso si se le deja solo[...]. Si se pone en contacto con su vecino y ellos con sus otros vecinos habrá una acumulación de *capital social* que puede resolver inmediatamente sus necesidades sociales y puede cargar un potencial social suficiente para la mejora sustancial de las condiciones de vida en la comunidad entera. La comunidad entera se beneficiará por la cooperación de sus partes, mientras el individuo encuentra en su asociación las ventajas de la ayuda, la simpatía y el compañerismo entre sus vecinos. (p. 19)

Si bien nadie retomó en muchos años la definición de Hanifan de capital social, en 1959 la urbanista Jane Jacobs usó los mismos términos para elogiar la buena vecindad en las metrópolis modernas. En 1970, el economista Glenn Loury lo usó para analizar la herencia social del esclavismo; en 1980, Pierre Bourdieu en Francia y Ekkehart Schlicht en Alemania retomaron el concepto para referirse a los recursos sociales y económicos presentes en las redes sociales. Finalmente, el sociólogo James S. Coleman puso el término en la agenda académica usándolo nuevamente como lo había hecho Hanifan para subrayar el contexto social de la educación.

A estas definiciones y usos del capital social Putnam añade sus propias reflexiones: la importancia de que las redes supongan obligaciones mutuas y no solo contactos, promoviendo normas de reciprocidad. La presencia de la

confianza en la vida social, facilitando las relaciones entre las personas. La reciprocidad que se logra producir como una norma generalizada con la interacción frecuente entre gente diversa. El hecho de que una sociedad caracterizada por la reciprocidad generalizada sea más eficiente que una sociedad desconfiada, por la misma razón que el dinero es más eficiente que el trueque. El compromiso cívico y el capital social es visto como el sustento de obligaciones mutuas y responsabilidad en la acción y se piensa que cuando hay capital social disminuye el oportunismo y la mala fe.

Lo que no debemos perder de vista es que el capital social puede orientarse a acciones benévolas o malévolas como cualquier otra forma de capital. Por eso hay que preguntarse por cómo maximizar lo positivo (apoyo mutuo, cooperación, confianza, eficiencia administrativa) y minimizar lo negativo (sectarismo, etnocentrismo, corrupción). Por eso, Putnam hace una importante distinción entre el capital social que es incluyente, conectando a unos con otros (*bridging social capital*) y el que es excluyente por incorporar solo a quienes están unidos por lazos vinculantes (*bonding*). Algunas formas de capital social se dirigen al interior del grupo y consolidan identidades excluyentes y grupos homogéneos. Ocurre en identidades étnicas y en comunidades religiosas. Y también tenemos ejemplos de capital social que se orientan hacia fuera; son los que atraviesan diversos clivajes, como los movimientos de derechos civiles, movimientos juveniles y también las organizaciones religiosas.

El análisis cuidadoso y exhaustivo que hace el autor de las tendencias del capital social en Estados Unidos, no lo lleva a una visión pesimista de la sociedad norteamericana, sino a constatar que en la historia de Norteamérica hay tendencias de subidas y bajadas, de desgaste y reconstrucción del capital social.

A partir de esta primera parte de presentación conceptual sobre lo que entiende por capital social, Putnam dedica la segunda parte del libro a demostrar con todos los datos secundarios a su disposición la decadencia de los lazos sociales: en la participación política, la participación cívica, la participación religiosa, las relaciones en el trabajo, en los espacios sociales informales; así como el impacto que esto tiene en las virtudes cívicas: altruismo, voluntariado, filantropía, reciprocidad, honestidad y confianza. Algunos temas se presentan más adelante para dar una idea en cifras de los cambios de los que hablamos.

La tercera parte del libro explora las posibles explicaciones de estas tendencias: las presiones de tiempo y dinero, la movilidad espacial, el desarrollo de la tecnología y los medios de comunicación masiva y el cambio generacional, evaluando el impacto de cada uno de estos elementos en el desarrollo del capital social. La cuarta sección se pregunta por la importancia de estos datos y las consecuencias que pueden tener en la gente, en la educación y el bienestar de los niños, en la existencia de vecindarios seguros y productivos, en la prosperidad económica del país, la felicidad y la salud de la población, y en la democracia. Pero también se pregunta por el lado oscuro del capital social: aparentemente los valores de libertad, igualdad y solidaridad no van juntos, y a veces se contraponen. Menos solidaridad o capital social podría significar más libertad y tolerancia, e incluso promover mayor igualdad y menos diferenciación social. Este último capítulo elabora magistralmente la distinción entre los distintos tipos de capital social y sus posibles consecuencias en los demás.

Putnam resalta que al final del siglo XX existe un malestar respecto al sentimiento de comunidad en la sociedad norteamericana. En 1987, 53% de la generación de la explosión demográfica (*baby boomers*) pensaban que sus padres estaban mejor que ellos en términos de compromiso con su comunidad comparado con 21% que pensaba que no. 77% pensaba que la nación estaba peor porque había mucha gente que no se interesaba en el país. En 1992 tres cuartos de la PEA pensaba que la quiebra de la comunidad y el egoísmo eran un problema serio, etc.

En la esfera política, en los EE.UU. el porcentaje de votantes correlaciona con el interés en la política, con donaciones para caridad, voluntariado, servir como miembro de un jurado, asistir a reuniones educativas, participar en demostraciones públicas y cooperar con compañeros ciudadanos en asuntos de la comunidad. No se sabe cuál es la variable independiente y cuál la dependiente, pero correlacionan.

El conocimiento político y el interés en los asuntos públicos son requisitos para formas más activas de compromiso. Esto ha disminuido también en Estados Unidos, y se trata de un cambio generacional. Los menores de 30 años saben y se interesan en política menos que los jóvenes de su edad hace 30 años y menos que los adultos de ahora.

El voto ha disminuido en un cuarto, y el interés en asuntos públicos en un quinto, en las dos o tres últimas décadas. La lectura de periódicos ha disminuido de 75% en 1965 a 30% en 1990 y los que ven noticiarios en TV de 53% a 41%, en la gente menor de 35 años. La tasa de identificación partidaria cayó del 75% en los sesenta a menos de 65% a fines de los noventa.

Respecto de la participación en la comunidad, desde 1973 hasta 1994, el número de norteamericanos que asistió al menos a una reunión de la escuela, o de su localidad disminuyó en 40%. Los que se presentaron como candidatos a algún puesto disminuyeron en 15% y en la práctica, más de un tercio de la infraestructura cívica se evaporó simplemente entre mediados de 1970 y mediados de los noventa.

En los sesenta, los americanos sentían que la política era eficaz, nos dice Putnam, confiaban en sus instituciones, pese a la guerra de Viet Nam y creían que había cosas que querían cambiar. En los noventa después de años de paz, los americanos no confían en que el gobierno hará lo correcto para resolver los problemas.

En las conclusiones de su análisis cuantitativo de la pérdida de capital social, Putnam presenta un cálculo aproximado de la fuerza explicativa de cada uno de los factores considerados: las presiones de tiempo y dinero, que llevan a que trabajen dos personas por familia contribuyen con un 10% de la explicación. En segundo lugar, menciona el hecho de que las familias americanas vayan a lugares residenciales distantes de sus trabajos, con la consiguiente pérdida de tiempo en trasladarse de un lugar a otro, aporta otro 10% a la explicación del problema. En un cálculo en términos muy generales, atribuye 25% de la explicación al mayor uso de equipos electrónicos para el entretenimiento familiar, lo que ha privatizado el uso del tiempo libre. La mayoría de norteamericanos pasa horas frente a una pantalla de televisión, sin hablar con su familia y menos con sus vecinos y amigos. Y finalmente, el cambio generacional, que deja atrás a la generación conocida por su com-

promiso social en los sesenta y setenta, que da cuenta de casi 50% de la variación en la participación cívica en los últimos treinta años en Estados Unidos.

Creemos que es importante anotar que una de las causas que identifica Putnam como evidencia circunstancial (p. 281) en la destrucción del capital social es la política pública del Gobierno y del Estado de bienestar. Pone como ejemplos la intervención del Estado para resolver problemas que hubieran podido ser resueltos por la participación comunitaria local, pero también la reubicación de pobladores de tugurios para la construcción de nuevas viviendas, con la destrucción de lazos personales entre los antiguos residentes. Pero no cuenta con muchos datos para demostrar esto, y deja abierta una duda, mientras que se hace la misma pregunta sobre las grandes corporaciones y el gran capital. Aludiendo a la explicación de Marx del capital como destructor de redes sociales, la descarta porque una constante no puede explicar una variable (p. 282) y el capital social ha tenido alzas y bajas a lo largo del siglo veinte sin dejar el capitalismo de lado. Pero sí cree que la nacionalización y la globalización han contribuido a disminuir el capital social al cambiar la pequeña tienda por el centro comercial y el banco local por la banca internacional, con lo que termina con las relaciones personales.

Comentarios finales

Como en su libro anterior, *Making Democracy Work*, Putnam hace un fino análisis crítico del capital social en una sociedad y de sus efectos en la productividad económica, la democracia y el funcionamiento de sus instituciones, así como en el bienestar subjetivo de los individuos. A diferencia de su estudio anterior, esta vez no nos presenta con una investigación original suya, sustentada en su propia información, sino que se trata de un estudio basado en fuentes secundarias. Como él mismo lo dice, «depende de los datos producidos durante el siglo» en Estados Unidos, que son abundantes y que fueron puestos a su disposición por múltiples comunidades de investigadores, de los que da cuenta en una especie de epílogo al final del libro donde cuenta «la historia detrás de este libro», un testimonio de que si bien ahora tiene que jugar solo a los bolos, cuando se trata de investigar y escribir está rodeado de amigos y equipos listos a jugar con él.

Riguroso en el análisis de los datos, impresiona la creatividad con la que les plantea nuevas preguntas, buscando establecer nuevas conexiones y probar hipótesis diferentes.

Mirando desde fuera a la sociedad norteamericana, pero conociéndola desde dentro en visitas esporádicas durante el periodo del que trata este libro,¹ no puedo dejar de preguntarme más allá de lo que dicen los datos por la influencia de los movimientos por los derechos civiles de la población afroamericana en la disminución del capital social. Si bien no hay diferencias entre americanos blancos y afroamericanos en los índices de capital social, hay pocas medidas que den cuenta de actividades en la escuela, el vecindario, la política y la comunidad en las que participen de manera integrada los distintos grupos raciales. Quizá la fuga a los suburbios se ha debido al escape de comunidades blancas, hacia barrios donde no se encontraran con los recién llegados de la comunidad afroamericana, y más tarde con los inmigrantes de otros países no europeos, con los que también tuvieron problemas de encontrarse en su momento.

El pluralismo y la tolerancia, a la que se refiere brillantemente Putnam en su capítulo sobre el lado oscuro del capital social, no siempre van con el desarrollo del capital social, que puede encerrar a comunidades de iguales entre ellos, dejando afuera a grandes comunidades no bien recibidas.

El análisis de la entrada de las mujeres a la fuerza laboral y el impacto negativo en la familia en su organización tradicional, si bien no tiene mucho valor explicativo de la disminución de capital social, si se menciona por la manera como las mujeres contribuyen en la construcción del capital social cualitativamente: el tiempo que dedican a conversar, la atención que ponen en el cuidado del otro, quizá la habilidad especial que tienen para tomar el rol del otro, etc.

Quizá algo que se puede extrañar en este libro es un tema que el autor no se propuso, y es pensar —más allá de lo que le es característico— qué cosa está cambiando en la sociedad norteamericana y por qué. Las preguntas están planteadas, como por ejemplo en la crítica a la política, por haberse convertido en una industria y en una maquinaria profesional, que ya no representa a los ciudadanos comunes y corrientes. Y el avance de la tecnología, que al extenderse por el consumo termina por aislar a cada miembro de la familia en su cuarto, ya ni siquiera en su casa, plantea también el problema del aislamiento y la fragmentación que conduce a la posibilidad política abriendo el camino para la dominación total.

En un contexto muy diferente al norteamericano, el tema del capital social se plantea con fuerza y novedad en el estudio de la pobreza en nuestros países. Un recurso que teníamos en abundancia, por tradición histórica y por los proyectos políticos que surgieron alrededor de los años sesenta, puede ser usado tanto en su lado oscuro como en su lado constructivo. En el primero, cuando se contabiliza la solidaridad como un dato para disminuir el número de pobres, por ejemplo, cuando se valoriza el participar de un comedor popular o recibir un vaso de leche, como ingreso monetario de una familia. O cuando se invierte en controlar organizaciones populares para conseguir votos y líderes políticos. Pero el lado claro del capital social está en el desarrollo autónomo de organizaciones, en la solidaridad gratuita, en el voluntariado y el liderazgo que pueden tener consecuencias favorables en la búsqueda de soluciones para problemas comunitarios, locales y regionales, y quizá para reconstruir la política.

Se trata de un libro muy interesante que los que estudian el capital social, la cultura cívica y la democracia no pueden dejar de leer.